



Francisco Toledo. Naturaleza y magia.

No se ha insistido bastante sobre un aspecto —a mi modo de ver crucial— de la obra de Toledo: su aspecto natural y aun naturalista.

¿Qué entender aquí por naturalismo? Primero, y ante todo, que las obras de Toledo surgen de un mundo físico, encarnado, cuasi-biológico. Caballos, tortugas, peces, son presencias. Hay que decirlo con una necesaria redundancia: se trata, en efecto, de caballos, de tortugas, de peces. Pero, además, estos seres de la naturaleza se transforman y se convierten en imagen. Son, también, imágenes de peces, caballos, tortugas. Así su presencia es doble: la doble presencia de una realidad imaginada o, si se quiere, de una imaginación *realizada*.

Con mucha frecuencia me ha intrigado la relación entre la obra de Toledo y la de Klee. Las semejanzas son muy claras: sentido de la ironía, sentimiento mágico, desplazamiento de las imágenes. Pero no es menos claro lo que separa a ambos pintores: Paul Klee es, principalísimamente, un pintor de la vista y aun de la vista refinada en intelecto; Francisco Toledo es un pintor del tacto y de la tierra. Todos recordamos aquellas palabras de “realismo mágico”. En el caso específico de Toledo me gustaría hablar de naturalismo mágico.

Nada de lo dicho niega la calidad mítica de la obra de Toledo. Surgida de una tierra de leyendas —de su Juchitán natal precisamente leído como deben leerse las leyendas— esta obra nos conduce al mundo de los juegos que son ritos, de las copulaciones que son metamorfosis y ciclos de espacio y de tiempo, al mundo de lo sagrado nacido de la sensualidad misma. Doble sensualidad —doble sensibilidad— dirigida al ser y a su reflejo, a la imagen y a su sombra, a un mundo espejeante donde los opuestos se convierten en complementarios.

Con delicadeza y furia, con ironía y violencia, animales, colores, hombres, casas, ríos, mujeres, fuentes y árboles se entrecruzan, se mezclan, se embisten, se conjugan, para poseerse. La realidad leída —naturaleza y leyenda— es también doble: realidad toda hecha, tejida y entretejida de una voluntad que es seña de unión.

La obra de Francisco Toledo se difumina en los mapas aéreos de Juchitán —calles serpientes, rojos fantasmas, soles que son plazas—; encarna en figuras hechas de vida en sus telas y en sus tapices; se hace precisión y limpieza de línea en sus dibujos y en sus litografías. La obra de Toledo es obra de presencias naturales. Es también obra de indicios y de indicaciones.

¿Qué nos indican estos indicios?

El carácter sagrado de la naturaleza; el sentido sagrado del instinto erótico; los signos carnales de las comuniones; la magia que, acción a distancia, une y reúne a todos los seres para que el pez, la tortuga, el hombre, el caballo, sean pez-hombre, pez-hombre-tortuga, tortuga-pezhombre-caballo. Todo es disparidad, pero a su vez, las disparidades se unen y se unan; todo parece buscar su ser tanto en el ser propio como en el ser de todos los demás.

Francisco Toledo no es un pintor que siga modas. Tal es su signo característico. Tampoco sigue escuelas. Se sigue, únicamente, a sí mismo. No se trata aquí de un querer ser auténtico y original. Se trata, sencillamente, de que Toledo es, naturalísimamente, original y auténtico. El lenguaje pictórico de Toledo, es un lenguaje que nadie había hablado antes y es, sin embargo, tan intensamente real, que nos sorprende que nadie antes lo haya hablado. ¿Estilo propio? Mucho más que estilo. Hay que hablar —las palabras están para ser dichas— de genio: un genio gracias al cual, Francisco Toledo, descubre en las entrañas de su tierra los dioses que son suyos, de su tierra, y, ya vistos, nuestros dioses.

Ramón Xirau

